

pues al aproximarse San Juan, a las cinco de la tarde, ya no penetran los rayos del sol en el valle.

Sobre la aldea, en la punta de una roca, la más alta de la cadena, había un nido de águilas. Todos podían verlo cuando la hembra empezaba a incubar, pero nadie llegó a alcanzarlo. Revoloteaba el macho por encima la aldea, y echábase unas veces sobre un cordero, otras pagaba la fiesta una cabrita, y un día se llevó un niño a su madriguera. No era caso de vivir tranquilos en tanto estuviera su nido allá arriba. Recordábase de dos hermanos que en pasados tiempos consiguieron trepar hasta donde estaba y lograron destruirlo; pero en la época de mi historia no existía nadie con ánimo suficiente para atreverse con tal empresa.

Al hablar dos convecinos debía recaer la conversación sobre el nido de águilas y levantaban la mirada para contemplarlo. Tenían presente la fecha que habían comparecido en los recientes pasados años, el punto donde se precipitaron, el daño causado, y el último que intentó alcanzar aquella roca. Desde su más tierna infancia ensayábase la juventud en trepar por las montañas y los árboles, y en todo lo que ejecutaban, tenían como punto de mira, adiestrarse para llegar al nido y destruirlo, como habían hecho los dos hermanos antes indicados.

En tiempos de mi relato, llamábase Lijf, el mozo más hábil de la aldea. No descendía de la parroquia. Era de cabello ensortijado, de ojos pequeños, muy dado a la broma y simpático a todos. Ya de joven, alabábase que se engarabitaría hasta el nido de águilas. Pero los ancianos le replicaban que no se envaneciera tan fácilmente.

Hirióse en el amor propio, y muchacho aún, se propuso trepar por aquellas rocas.

Fué en hermosa mañana de un domingo al comenzar el verano. Los aguiluchos debían estar incubados. Numeroso grupo de gente se estacionó al pie de la escabrosa cuesta. Disuadíanle los ancianos, y los jóvenes le infundían valor. Pero el muchacho cerraba sus oídos a lo que no halagaba a sus propios deseos. Cuando creyó a la hembra ausente, de un brinco empezó a trepar hasta asirse de un árbol a una altura considerable. Salía de una cavidad, y desde allí continuó trepando. Desprendíanse bajo sus pies piedras y

rodaba casquijo, tierra; fuera de esto, silencio solemne. El río seguía violentamente por entre la hondonada del precipicio y al desembocar en la corriente de más abajo, lanzaba un constante bramido. No había terreno más peligroso que aquel. Estábase colgado durante largos ratos mientras buscaba para el pie punto de apoyo que no veía. Ya muchos espectadores no le miraban, principalmente las mujeres, y decían que de vivir los padres del muchacho, no le hubieran dejado cometer una barbaridad semejante. No obstante, al momento de dar con apoyo seguro, buscaba enseguida otro, ora con la mano, ora con el pie, y así seguía subiendo, hasta que resbaló, pero se quedó al instante agarrado y sobre seguro. Entonces, oíase fácilmente la respiración de los espectadores.

Levantóse de repente una joven bien desarrollada, que, sola, se había estado sentada en una piedra. Eran novios desde su infancia, aunque él no hubiese nacido en la aldea. Levantando los brazos, exclamó:

—¡Lejf, Lejf! ¿por qué haces esto?

Todos los presentes se volvieron hacia la muchacha incluso su padre, que estaba a su lado; más ella no se fijó en nadie.

—¡Baja, Lejf!—gritó la joven—¡te amo, y ahí arriba nada bueno vas a ganar!

Viósele vacilar, y en uno o dos instantes, como si se deciera; y otra vez se fué peñas arriba. Las manos se agarraban fácilmente, los pies se sostenían firmes y durante un rato todo marchaba bien. Pronto, sin embargo, púsose de mani-fierto su fatiga, y érale preciso descansar a menudo. A manera de avanzada, cayóse rodando un pedacito roquero, y los espectadores consideraron al muchacho como hombre perdido. Algunos, no pudiendo resistir más el espectáculo, se largaron. La muchacha estaba allí, sola, derecha sobre la piedra, retorciéndose las manos y fija la vista en Lejf. Este iba tentando con las manos hacia adelante y vióse claramente como de pronto le fallaba una, y buscaba agarrarse con la otra, y le fallaba también.

—¡Lejf!—dijo ella a voz en cuello, y mientras su voz retumbaba por la montaña, todo el mundo se puso a gritar.

—¡Resbala!—exclamó la joven, y todos, hombres y mujeres, tendieron sus brazos hacia él. Lejf realmente había resbalado, y arena, pie-